

1609-2009
IV Centenario de los “Comentarios reales de los Incas”



Dos textos de José Durand sobre el Inca Garcilaso de la Vega

Fuente:

Inca Garcilaso de la Vega [estudio preliminar y notas de José Durand]
“Comentarios Reales de los Incas”

Lima: Ediciones de Cultura Popular, 1967, 4 t.

El Inca Garcilaso, clásico de América (*)

(T. 1, pp. 11-27)

En Córdoba andaluza, al parecer el 23 de abril de 1616, murió el Inca Garcilaso de la Vega, príncipe de los escritores del Nuevo Mundo y uno de sus más grandes clásicos. El mismo día que murió Cervantes y casi el mismo que Shakespeare. Hoy la posteridad hispano-indígena mira en el Inca Garcilaso el anuncio y la esperanza de una cultura en formación; mira, también, al ilustre prosista, quizá el mayor de su historia; al hombre que supo encarnar en vida y obra los rasgos de una raza nueva, los enigmas, las virtudes, las limitaciones, el ansia. Al hombre cuya existencia cifró una época, clave a su vez de la historia americana.

Hombre y símbolo

Fue una figura de importancia extraordinaria, como todas las que marcan un comienzo. El Inca Garcilaso, uno de los primeros mestizos nacidos en el Cuzco, abrió las puertas de la cultura de América y quiso, consciente, dar el ejemplo. A él se debe la primera obra de valor literario -y alto valor- impresa por un americano: La traducción del indio de los tres Diálogos de amor, del filósofo renacentista León Hebreo. El Nuevo Mundo se incorpora así a la cultura europea, y Garcilaso subraya este hecho tanto en el título como en las dedicatorias a Felipe II. Si no se engaña, dice, sus páginas son las primicias literarias de Indias, y declara haberlas escrito para animar con su ejemplo a los del Perú. La versión de Garcilaso, que supera en calidades de estilo al propio original toscano, se publicó en Madrid, en 1590. Las obras de gran talla aparecieron después: primero, La Florida del Inca, bellísima relación de la jornada de Hernando de Soto, hasta su muerte, entierro bajo las aguas del Misisipí [sic.] y vuelta de los sobrevivientes de la expedición a tierras de españoles. Si en la portada de los Diálogos quiso presentarse como el indio, en la Florida querrá aparecer como Inca, siempre orgulloso de mostrar su condición de hombre nuevo. Más tarde publica las dos partes de los Comentarios reales de los incas, obra maestra de la historiografía indiana, comparable a los mejores frutos de la española. Continúa lleno de interés por que sus paisanos se lancen a la conquista de las letras y se enorgullece del elegantísimo latín que escribe el jesuita Blas Valera, mestizo peruano como él. Hasta que ese afán estalla y entonces dedica la segunda parte de los Comentarios a "los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad".

Amor a los suyos, sin distinción de raza; asimilación de lo español y lo europeo: el Inca se hallaba henchido de un sentimiento comprensivo, en parte por la

filosofía armonizadora que profesaba, en parte por la necesidad de conciliar dos herencias muy distintas y, sobre todo, por su experiencia vital. No fue hombre aventurero, pero llevó una existencia zarandeada por mil vientos (más tarde leería los Remedios contra próspera y adversa fortuna, de Petrarca, y otros libros del pensamiento estoico). Por voluntad del destino más que por la propia, Garcilaso vivió en una sola vida la de muchos. Conoció las más distintas situaciones sociales, desde la opulencia hasta la humillada escasez; a veces mereció el desdén, a veces la estima de los poderosos, pero raras veces la ayuda. De mozo se ejercitó en las armas, de viejo en las letras; hijo del Nuevo Mundo, pasó en España la mayor parte de sus días; fue americano el linaje de su madre, español el paterno: nació en la ciudad de los incas y murió en la de los califas. Alcanzó a ver los últimos momentos del imperio incaico ya vencido, el esplendor de los conquistadores, sus guerras civiles y el ocaso de su poder; los comienzos de una época virreinal que él detestaba; las glorias de Lepanto y el duelo de la Armada Invencible. Participó con don Juan de Austria en las guerras contra los moriscos granadinos, escollo postrero de la Reconquista.

Le tocaron los últimos días del apogeo español y los primeros de la decadencia. Se instruyó en los moldes de la cultura renacentista y sufrió el desengaño del mundo propio de los tiempos barrocos, justamente cuando aparecieron sus libros. Por entonces, las prensas españolas editaban a Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope, en pleno Siglo de Oro.

Los intrincados sesgos de una época movediza cruzaron por su espíritu calmo, dejándolo convertido en verdadera carta de marear, y hoy en el alma del Inca se puede estudiar la historia. Eso hizo él, en cierta medida, pues sus páginas nostálgicas, decepcionadas pero aún amantes del mundo, revelan tener mucho de autobiografía. Hijo de un conquistador y de una princesa inca, la historia que narra no es otra que la de esas dos stirpes. En sus escritos asoma continuamente la confidencia personal, el recuerdo de las cosas que vio, de los hechos en que estuvo presente, de los indios y conquistadores "que yo conocí", según solía puntualizar, lleno de complacencia. El Inca fue testigo de esa escena memorable -una de las más hermosas que escribió- en que los primeros bueyes y el primer arado surcan tierras peruanas, ante el regocijo de los españoles y la mirada atónita y las bocas balbuceantes de los indios.

Pero este espíritu tan cargado de historia, afectado en lo íntimo por los acontecimientos de su época, vivía con la mirada vuelta hacia el pasado. El Inca, buen hispanoamericano al fin, no fue hombre de vocación sino de destino, y el destino lo hizo historiador cuando ya era un hombre entrado en años. Consumía su existencia en revivir su propia vida, haciendo memorias de ella y de su patria. Hombre solitario, según propia confesión, y hondamente nostálgico, alcanzó por último un resignado desasimiento del mundo y pudo permanecer al margen del transcurrir del tiempo. Al menos, eso ocurrió durante su época de escritor. Aunque cronológicamente su estilo y su lenguaje deberían ser barrocos, el Inca continúa siendo en ello un renacentista (también

otro ilustre hispanoamericano, Juan Ruiz de Alarcón, escribía a principios del XVII en estilo ya caído en desuso, pero vigoroso aún en su pluma). Para Garcilaso, el narrar el fin de los Incas y la extinción de los conquistadores del Perú, deshechos en incesantes guerras civiles y luego combatidos por la política virreinal, equivalía a narrar el por qué de su existencia rota. Y con el correr del tiempo, pareció conceder todo el sentido de su vida a sus veintiún primeros años, los del Perú, gracias a una memoria cálida que le permitía evocarlos, infatigable, desde su retiro cordobés.

Para los hombres de la América hispano-indígena, hechos a la nostalgia desde Inca Garcilaso hasta Pablo Neruda, el desarraigo y la evocación de la patria lejana suelen resultar fecundos, y aun muy fecundos. Así ocurrió, por ejemplo, en tiempos coloniales, con el chileno Alonso de Ovalle, más tarde con otros muchos, y entre ellos Rubén Darío, hombre ansioso de evocar hasta Romas fabulosas. Y entre los últimos, con el genial César Vallejo.

Primero en Montilla, luego en la misma Córdoba, lejano y solo vivía Garcilaso para recordar y escribir. Esa ciudad, que encierra como pocas el pasado español, representaba su vínculo con España, y Garcilaso sentía por ella verdadero patriotismo. Hoy sus huesos yacen allí, en la vieja mezquita y catedral. Córdoba es la ciudad de Séneca y Lucano, de Averroes y Maimónides, de Juan de Mena, de Luis de Góngora. La antigüedad latina, la dominación musulmana, el arraigo de judíos y conversos, la España del Siglo de Oro produjeron allí obras espléndidas: También florecieron notables historiadores durante el siglo XVI, como el maestro Fernán Pérez de Oliva, Baltasar de Morales, el célebre doctor Ambrosio de Morales, cuyos consejos escuchó el Inca, Bernardo de Aldrete, con quien mantuvo excelentes relaciones y uno de los humanistas europeos más ilustres de principios del siglo XVII. Garcilaso acudía a menudo a casa de los jesuitas, en donde había gentes de notable cultura y autores de obras muy difundidas; de ellos el Padre Francisco de Castro fue un espléndido amigo. En cambio, no parece que Garcilaso llevara buena amistad con Góngora, hombre tan difícil como gran poeta. Eran los años de la fama, pero que llegaron tarde, cuando su vida se hallaba madura en el dolor. Todavía al escribir las dedicatorias de los Diálogos parece mostrar esperanzas de alcanzar el favor del rey y mejorar su suerte. En el texto de la Florida., escrita prácticamente antes de que se imprimiesen los Diálogos., se advierte una obra llena de pujanza épica, gozosa en el relato. Pero cuando termina la Florida y la dedica al noble Garci Pérez, parece encontrarse lleno de amargura, de una amargura que, escondida en el fondo del alma, no lo abandonaría jamás. En el Proemio definitivo, confiesa vivir acogido "a los rincones de la soledad y pobreza", único "puerto y abrigo de los desengaños". Desde entonces adquiere un tono definitivamente triste y resignado, que va acentuándose en su obra hasta que en la segunda parte de los Comentarios Reales se convierte en motivo fundamental y base de su concepción histórica.

El infortunio del Perú, ensangrentado por siete guerras civiles encadenadas una tras otra, hacía pensar en un sino fatalista y trágico como en algo natural. Esa impresión flotaba en el ambiente y aparece en los relatos escritos por testigos oculares. También la recogen otros que escribían en México, como el buen misionero Motolina (fray Toribio de Benavente) o en España, como el inteligentísimo Gómara. De otro lado, el estoicismo fatalista -pensamiento muy extendido por aquella época- daba fundamento filosófico a esa visión espontánea de los hechos. Más tarde, cuando el desencanto del mundo empezó a marcar el fin del renacimiento, tanto en Europa como en América, la idea del infortunio del Perú se asoció a la idea del desencanto. Pedro Gutiérrez de Santa Clara, cronista mexicano de las guerras civiles del Perú, representa este momento.

Pero en el Inca -como se verá más adelante- el sentimiento del sino adverso adquiere una profundidad extraordinaria y un acento de absoluta sinceridad. Lo sentía él por haber sufrido en persona las guerras civiles, y porque ellas formaron la imagen de su niñez; por conocer las doctrinas estoicas y porque, como indio, llevaba el fatalismo en las venas; y, en fin, porque la suerte de su vida lo hacía quejarse muy de veras contra la diosa fortuna, que "con sus desfavores y persecuciones -escribe con amarga ironía- me ha forzado a que, habiéndolos yo experimentados, le huyese".

En el Inca se presenta, pues, una imagen decepcionada de la historia -o al menos de su historia- y, sin embargo, nunca llegó a caer en una visión enteramente negativa del mundo. Espíritu complicado como la mayoría de los espíritus ricos -no usemos el rótulo de acomplejado, receta vil- juntaba a su desencanto un afán de armonía estética y de conciliación intelectual. Aunque para él la historia, vista en panorama o entendida a fondo, resultara cosa esencialmente trágica, miraba la vida cotidiana como algo empapado de encanto, y así supo narrarla y describirla, recreándose en ella con la mayor delicia. Esta capacidad de equilibrio, propia de un alma creada en el Renacimiento, tiene a la vez mucho de la capacidad de dolor propia del indio quechua. Además, por otra parte, Garcilaso parece alimentarse en ese sentimiento indígena de la duda, sabiamente irracional, en ese casi metafísico ¡quién sabe!, lleno de resignación y secreta esperanza.

Sereno en el sufrimiento y el desencanto. Garcilaso fue acentuando en sus últimos años su carácter religioso. Tomó hábitos de clérigo -aunque sin llegar a ser clérigo de misa- y la devoción, el estudio y la pasión por su obra llenaban sus horas. El testimonio de gentes que lo conocieron recoge esta imagen del viejo Garcilaso, justamente por los tiempos en que escribía los Comentarios. Según el Padre Vásquez de Espinosa, murió "cargado de días, dejando fama de su virtud y santidad"; don Iñigo de Córdoba, lo describe como hombre de mediano cuerpo, color trigueño, "muy sosegado en sus razones", de santa vida, sabio y prudente. Don Diego de Córdoba, padre de Iñigo y buen amigo del

Inca, completa y resume la imagen al decir con enfática gravedad: "vivió como filósofo". Imposible hallar mejor ni más expresiva alabanza.

Complejidad de espíritu

El Inca Garcilaso parece haber sido hombre por demás complicado, y hasta contradictorio. Tal visión de su espíritu no aparece a primera vista, sino llega a advertirse como fruto de experiencia y análisis. Escritor admirablemente claro, limpio y de sencilla elegancia, el Inca puede dar lugar a que se equivoque el incauto, al atribuirle un alma también sencilla. Pero Garcilaso, hasta en sus ideas, resulta engañoso y escurridizo, y vemos que sostiene con frecuencia dos tesis sobre un mismo tema, las cuales corresponden a puntos de vista opuestos; por ejemplo, cuando niega el valor de toda nobleza que no provenga de la virtud, y muestra a la vez su aprecio por la nobleza de sangre; o bien al ponderar la fabulosa abundancia de oro en el Perú, para luego añadir que las mercancías han subido de precio por culpa de ese oro y que "los pobres siguen siendo pobres". Del mismo modo, se queja, lleno de decepción, de "cómo paga el mundo", pero continúa mostrando su grande amor por los hechos y las cosas de la vida.

En realidad no se trata de verdaderas contradicciones, sino de diversas actitudes, o variados criterios en un asunto. Recordemos que Garcilaso, por la historia de su propia existencia, se veía obligado a sostener diversas actitudes; una como americano, otra como español y otra como humanista y filósofo. Cierto es que en el pueblo hispánico, la teoría y la práctica andan reñidas muchas veces, pero si eso ocurría también en Garcilaso, había además un segundo conflicto, el de su doble condición de español e indio, y hasta un tercero, proveniente de su carácter personal, reservado y dubitativo: el ¡quién sabe!

"Español en Indias, indio en España: he ahí el dilema de Garcilaso", palabras de Raúl Porras Barrenechea.

Al igual que ciertas ideas centrales de su obra, las peculiaridades de su espíritu revelan también rasgos complicados, un tanto inestables y contrapuestos. El Inca demuestra timidez y audacia, reserva e inclinación a la confidencia, firmeza en el trabajo y repetidos desalientos, melancolía y gracia jovial, ingenuidad y astucia: todo ello regido por un sentido poético y religioso de la vida, por un inquebrantable amor a la verdad, y por una dulzura y suavidad contrarias a toda rudeza o grosería.

Era tímido, sensible hasta el exceso. Cuando joven, fue a España a solicitar mercedes al rey en atención a los servicios guerreros de su padre conquistador y a la sangre real de su madre inca; después de mucho aguardar, lo despiden de mala manera y el contratiempo aquel lo afecta atrozmente: abandona en el acto sus pretensiones y nunca más vuelve a pisar la Corte. Cuarenta años más tarde

todavía se conmueve al recordar el hecho. Otra anécdota reveladora: ya en sus años maduros, cuando publicó su traducción de León Hebreo, mereció el aplauso de las gentes, y un personaje de la Catedral de Córdoba lo mandó llamar para conocerlo y felicitarlo, pero el Inca, según cuenta él mismo, no osaba comparecer ante dicho personaje, el cual tuvo que porfiar muchas veces para que su invitado se decidiese. Última anécdota: el Inca pasaba necesidades, y no conseguía cobrarle al Marqués de Priego una deuda muy cuantiosa, que por rentas sin pago crecían cada vez más. Al cabo de largos años las esperanzas de cobro mejoraron, y también sus relaciones con Priego; entonces el Inca editó un opúsculo y lo dedicó al Marqués, como sugiriéndole muy delicadamente que le pagase, y así logró sus deseos.

Bien se ve que tales sistemas de cobranza resultan muy extraños a menos que se recuerde la cortedad de ánimo del Inca. Por otra parte, Raúl Porras Barrenechea estima que la tardanza en la vocación literaria del Inca (empezó a publicar después de los cincuenta) es señal de timidez, de una timidez que distingue al indígena peruano. Pero Garcilaso al mismo tiempo era audaz, como muchos tímidos suelen serlo, y se atrevió a expresar ideas sumamente peligrosas acerca del poder del rey, o bien sobre los súbditos rebeldes; incluso llegó a insinuar que se podía ganar honra peleando contra el rey. Un concepto de tal naturaleza resultaba escandaloso y disolvente para la mentalidad de la época.

Era reservado. El Inca guarda completo silencio respecto a ciertos hechos relacionados con su vida -el matrimonio de su padre con doña Luisa Martel de los Ríos, el de su madre con Juan de Pedroche, la existencia de Diego de Vargas, su hijo natural- y es igualmente discreto en relación con la vida ajena. Procuraba no difamar nunca a nadie en su historia, salvo los grandes traidores que merecían baldón de la posteridad. Continuamente calla y olvida narrar los hechos desdorados, a los cuales sólo alude a medias, advirtiendo: "Dejamos esto en confuso por ser materia odiosa". Al escribir la genealogía de su familia española decide borrar de ella a "los descendientes viles y bajos" y dejarlos "en perpetuo olvido". Sabemos que Garcilaso leyó los tratados de fray Bartolomé de las Casas, la obra clásica en contra de los conquistadores, y sabemos también que hasta aprobaba ciertos puntos de ese libro; pero Garcilaso jamás lo cita en sus escritos y finge ignorarlos por completo, seguramente porque en el fondo no aprobaba la conducta excesiva y vehemente de Las Casas. "Prudente y reservado" lo llamaba José de la Riva-Agüero. Rodeos, omisiones, silencio, olvido, son rasgos que se presentan de continuo en la obra de Garcilaso. Y quizá no fuera inútil apuntar que esos mismos rasgos también se presentan, por lo general, en el indio americano, bien conocido por su reserva, recelo y desconfianza.

Pero a la vez, el Inca era un hombre que necesitaba comunicar su intimidad. Sin poderlo resistir, informa al lector de todo género de asuntos personales: sus penas y alegrías, su desgracia en la Corte, su estrechez económica. Habla también, incesantemente, del mundo de su infancia y -como observa Aurelio

Miró-Quesada- resultan abundantísimos en sus páginas los pasajes escritos en primera persona. Anécdotas pintorescas, frutos o animales exóticos, costumbres de indios y conquistadores, todo lo narra y describe al por menor. Un sentido certero lo encaminaba a dar fe en su historia de cosas y hechos aparentemente triviales, pero cargados de vida, de lozanía y oculto sentido.

Poeta de la vida cotidiana remansada en el recuerdo, Garcilaso ofrece un pasado lleno de grandes sucesos a la vez que de sencillo encanto, de aquello fugitivo que "permanece y dura", hasta que acaba sorprendiéndose a sí mismo en plena locuacidad y ofrece excusas: "Perdónenseme estas particularidades - escribe-, que parecen niñerías; pero pasaban así y por ser yo testigo de ellas, las cuento".

Era un trabajador lleno de empeño. Con minuciosidad increíble corrige sus originales, pide datos, busca y escucha consejos. Cuando escribía la Florida, viaja frecuentemente de Montilla a Las Posadas, con el exclusivo objeto de obtener las relaciones verbales del conquistador Gonzalo Silvestre, grande amigo suyo y co-autor de esa obra. Pulía y limaba el estilo hasta lograr la deliciosa fluidez, la fresca suavidad que lo distingue. Si hoy cotejamos los pocos borradores de la Florida que llegaron a nosotros con el texto definitivo, advertiremos muchas variantes, señales de lo mucho que el Inca corregía sus páginas. Esos borradores, a su vez, tienen tachaduras y enmiendas. Así se esforzaba el Inca cuando ya se encontraba viejo y fatigado. Luego, en sus últimos días, el pulso llegó a temblarle y escribía con dificultad. Durante mucho tiempo tuvo que usar a su hijo Diego como amanuense y, no obstante tales dificultades, puede decirse que el Inca murió escribiendo. Su última obra la dio a las prensas, según parece, poco antes de su muerte, y apareció como póstuma.

Con razón habla Julia Fitzmaurice-Kelly "de su formidable capacidad de trabajo". La vocación histórica del Inca había adquirido ese tesón admirable que suelen tener las decisiones del hombre maduro. Pero también, a veces, caía en honda desazón, si no en franco abatimiento. En el proemio de la Florida, cuando se queja de su mala fortuna, se muestra resignado, pero decaído. Y en varios pasajes de los Comentarios expresa la angustia que lo dominaba de morir sin terminar su obra y declara que abrevia algunos pasajes "por ir a otra parte, a cuyos términos finales temo no llegar". Aquella su mala suerte -o poca experiencia o habilidad- en la Corte, lo abatió por muchos años. Y más tarde Garcilaso vuelve a sentir el mismo desaliento cuando piensa en aquel suceso amargo.

Era ingenuo, aunque no tanto como han creído algunos. Hombre emotivo, Garcilaso se dejaba arrastrar por la simpatía, o por la pasión de defender cosas queridas. Lo hacía de buena fe y sin llegar nunca a falsedades o a artimañas torcidas. Cuando recibe la historia manuscrita de Blas Valera, se entusiasma al saber que era obra de un mestizo peruano como él y al ver que, como él, Valera defendía a los indios sin mostrarse por ello demasiado severo con los españoles.

Entonces el Inca otorga su adhesión a su paisano y lo usa como fuente inmejorable, hasta el punto de sobrestimarlo (por ejemplo, en la narración de la captura de Atahualpa). Del mismo modo, fiado en los datos de sus parientes indios, sostiene cosas alejadas de la verdad como la inexistencia de sacrificios humanos entre los Incas.

Pero, por otra parte, mostraba agudo sentido crítico y hasta verdadera astucia en la exposición de sus ideas. Dueño de una apreciable cultura humanística -filosófica, histórica, literaria-, conocía ampliamente las ideas de su tiempo y de la antigüedad, y sabía usarlas con acierto y sentido personal. Gracias a ello, su traducción de los Diálogos pudo ajustarse a la precisión filosófica, sin afectar la soltura del lenguaje. Y además, para la exposición de su pensamiento sabía manejar hábilmente la alusión velada o la sugestión maliciosa, a fin de poder expresarse sin dar lugar a la censura inquisitorial. De este modo pasaron libres de reparo muchas opiniones audaces de Garcilaso acerca de la conducta de los reyes e incluso juicios adversos sobre la política de Felipe II.

Era melancólico y nostálgico, buen mestizo al fin. El Inca vivía de recuerdos y con la tristeza que siempre, en el fondo, acompaña al ayer. Llegaba a embriagarse en la evocación, lo mismo de las grandes batallas que del vuelo de un pájaro, lo mismo de los hechos de señores poderosos que de una flauta india. Se dolía en lo íntimo del fin desventurado, aciago, que tuvieron muchos conquistadores, y supo comunicar al lector el sentimiento lastimero de esas muertes. Y recordaba, en un pasaje célebre, la congoja de sus parientes incas al verse desposeídos de su reino y convertidos en vasallos.

Del mismo modo sabía mostrarse jovial, lleno de gracia, amigo del donaire, como cuando refiere el caso de don Antonio de Ribera, quien trajo los primeros olivos al Perú. Celoso de "que nadie pudiese haber ni tan sólo una hoja de ellos, para plantar en otra parte, puso un gran ejército, que tenía más de cien negros y treinta perros, que de día y de noche velasen en guarda de sus nuevas y preciadas posturas. Acaeció que otros, que velaban más que los perros, o por consentimiento de alguno de los negros, que estaría ya cohechado según se sospechó, le hurtaron una noche una planta de las tres, la cual en pocos días amaneció en Chile, seiscientas leguas de la Ciudad de los Reyes (Lima), donde estuvo tres años criando hijos con tan próspero suceso de aquel reino, que no ponían renuevo, por delgado que fuese, que no prendiese y que en muy breve tiempo se hiciese muy hermoso olivo".

Y así narra infinitas anécdotas, como la de una granada que se dio en Lima, grande como una botija sevillana de aceite, la cual llevaron en un anda en la procesión de Corpus. También sabía de burlas, y cuenta las muy célebres de Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes.

Espíritu amplio, y lleno de riqueza, aunque variable y complicado, el Inca sabía engrandecerse en sus limitaciones. Llevaba un conflicto en el alma, como lo

tenía entonces la historia de su pueblo: el Perú y América. Garcilaso representa una época de manera admirable, no obstante haber vivido en la soledad y el recuerdo. Se logró a sí mismo en su obra, nacida de una necesidad interior, la de buscarse. Hoy es posible encontrar en él mucho del pasado de Hispanoamérica, porque la existencia trágica del Inca resultaba misteriosamente parecida a la del Perú de su tiempo. En su vida y en su obra, queda vivo por siempre un símbolo profundo y una vieja esperanza en nuestro propio destino.

(*) Ensayo que bajo el título "El inca español" -ajeno al autor-, apareció en "Américas", Washington, mayo de 1953.



2

La historia como autobiografía (*)

(T. 1, pp. 27-49)

Vista la obra del Inca Garcilaso desde ciertos importantes hechos de su vida, advertiremos cómo se acentúan sus rasgos hasta adquirir inesperada hondura, cuando las grietas de su realidad humana de carne y hueso -digámoslo un poco a lo Unamuno- se abren para dejarnos vislumbrar un espíritu que quiso ser superior a su propia existencia. Fue el Inca historiador. Para él la historia es una apasionada contemplación del destino de su pueblo, del de su misma sangre india y española, del suyo individual. Hasta que llega un momento en que la historia se nos ha convertido en autobiografía. Pero todo ello, este detener el curso de su existencia personal para contemplarla, viene de su convicción, nacida al parecer de un desaliento extremo, de que ya se había cumplido en su fortuna una ley adversa; porque, como él mismo nos dice, "lo más de la vida es pasado" y "ya no hay para qué". Pasión por revivir ese pasado, desengaño del mundo presente, será la condición espiritual de su edad madura.

Podrá la obra rebasar la vida, la rebasará en muy buena parte de los casos, al menos en los grandes casos. Siempre irá la intuición creadora más allá de la experiencia vivida. Pero aunque todo esto sea también lo que ocurre en el Inca - en quien muere la vida al alumbrar su obra- siempre será aquí la biografía cifra insustituible para descubrir la más profunda intención de sus escritos. Porque, como veremos, todo hace pensar que el Inca se fue convirtiendo en historiador movido por la íntima necesidad de hacer un poco de luz sobre su propia vida.

Garcilaso Inca de la Vega es el nombre con que aparecerá cuando se haya dedicado a las letras; pero en el siglo, en el siglo de los no-literatos, se había venido llamando Gómez Suárez de Figueroa, desde que nació en el Cuzco, en 1539. Fue uno de los primeros mestizos de aquella tierra. Su padre, el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, descendía de una ilustre familia extremeña. Su madre, manceba del capitán, se llamaba Isabel Chimpu Ocllo y fue sobrina carnal del inca Huaina Cápac. Garcilaso Inca permaneció en el Cuzco hasta 1560. Allí transcurren, pues, su infancia y mocedad, entre las crueles guerras civiles que año tras año ensangrentaron las tierras del ya sojuzgado imperio incaico. Sus parientes indios lo iniciaron en las tradiciones de su raza, su padre cuidaba de que recibiese la debida instrucción; aprovechado debió ser pues, mozo aún, le servía de amanuense a su padre, entonces corregidor. En la primitiva sociedad cuzqueña de los conquistadores, el joven Inca participaba de todos los festejos y ceremonias como aristócrata que era. Su padre el conquistador fue hombre rico y distinguido, amante de la esplendidez y del boato. Pero un día la buena estrella del futuro cronista hubo de sufrir su primera adversidad: todos los encomenderos recibieron orden conminatoria de contraer matrimonio, bajo pena de perder sus posesiones. El capitán prefirió hacerlo con mujer española y se separó de la princesa india, casándola a su vez con un español de baja condición. De un momento a otro, el inca se encontró con que había perdido su hogar, irremediamente. Era cosa de su destino más oculto; años después sería, también, de manera inexorable, un hombre sin patria.

Al morir, Sebastián Garcilaso dispuso que su hijo mestizo fuese a estudiar a España (probablemente para clérigo, cosa que éste no realizó por mucho tiempo). Y, en efecto, vemos que a los veintiún años de edad, el Inca se embarca para el Viejo Mundo. A él le tocaba ser uno de los primeros colonos americanos que partieron a descubrir Europa para nuestra naciente cultura. Pero el Inca se llevaba de América los más crueles recuerdos: un país convulsionado sin cesar por luchas intestinas, a poco de terminada la guerra de conquista. Nace cuando las batallas entre almagristas y pizarristas. Muy niño aún, presencié la formidable sublevación de Gonzalo Pizarro. Luego, las de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Por esa misma época sobrevino la separación de sus padres, y, debido a ello, cuando llega la paz a la Nueva Castilla en la vida del Inca está la cruel amargura de no ser ya el heredero de su padre. Después, a la muerte de éste, el Inca se encuentra con que ha concluido su vida cómoda y asegurada. Quiere vivir con el decoro que cree merecer y decide que su viaje a

España le sirva para obtener mercedes del rey, en atención a los servicios militares de su padre y a la calidad de princesa real que su madre tenía. El Inca llega a España corto de recursos, pero lleno de ilusiones. Esperaba, sin duda, que sus ilustres parientes lo ayudasen y protegiesen.

No fue así, por desgracia, sino en corta medida. Sólo su tío carnal Alonso de Vargas lo acogerá debidamente y le prestará eficaz ayuda; pero su tío vivía en la campiña cordobesa, muy alejado de la capital En Madrid, en cambio, su pariente el duque de Feria es uno de los hombres más poderosos de la corte de Felipe II; ninguna noticia hay de que el duque hubiese tenido con él la menor deferencia. Y Garcilaso Inca, el aristócrata mestizo que en el Cuzco jugaba cañas en compañía de los más opulentos y linajudos conquistadores, en Madrid se alojará en un pobre mesón, en donde paraban artesanos y gentes de inferior calidad. No le servirá allí su sangre real de inca para ser mirado como príncipe de reinos extraños, sino más bien como a extraño mestizo. Y el Inca, hombre naturalmente tímido, no sabrá desenvolverse convenientemente para que se le otorguen las tan deseadas mercedes. Tras mucho batallar, tras años de espera en antesala, obtiene un fallo adverso y se le ve totalmente desengañado en sus pretensiones. Sabernos que quiso volver a Indias, pero el hecho es que permanece en España. Se encuentra necesitado, pero obtiene protección de su tío Alonso y decide instalarse a su lado en Montilla. Un pariente lejano, el Marqués de Priego, lo incluye en sus huestes guerreras y parte a las guerras de las Alpujarras; al poco alcanza el grado de capitán. Pero sus penurias continúan y de esas guerras sale "desvalijado y adeudado", según propia confesión. Muere por entonces su tío Alonso de Vargas y lo deja por heredero. Tenía Garcilaso treintiún años de edad.

Por aquel tiempo, aunque lo hubiera querido, ya no le hubiera sido posible a Garcilaso retornar al Perú. El Virrey Toledo ejecutó al último inca. Túpac Amaru, que se mantenía refugiado en las montañas de Vilcabamba; luego siguió una dura política de represión contra todos los de la sangre real incaica, inclusive contra los mestizos como Garcilaso, a quienes deportó fuera del reino. En parte por esto, y sobre todo porque la herencia en bienes raíces que le dejó su tío le hacía conveniente su permanencia en España, el hecho es que Garcilaso se quedó en Europa para no volver jamás.

En su alma de tímido, el desengaño sufrido en la Corte lo conmovió profundamente, hasta el punto de cambiar el curso de su vida. Si hubiese obtenido del rey la pensión que ambicionaba, habría podido volver al Perú y vivir según la dignidad de su estirpe. Ahora se veía obligado a permanecer en un mundo que le era ajeno y en donde venía a ser como un hidalgo oscuro. Tenía, gracias a su tío, una buena renta que le permitía vivir con holgura, pero no quiso volver a la Corte. Dejó la carrera de las armas y decidió permanecer en Montilla -un pueblecito de la provincia de Córdoba- con ánimo de dedicarse al estudio y alcanzar por las letras la honra ambicionada.

Iba siendo, cada vez más, un hombre desengañado del mundo. Tal debía ser por entonces la situación de su vida, que un solo fracaso bastó para que renunciase a sus pretensiones en la Corte y a su vocación guerrera, y se apartase definitivamente de su tierra natal.

Era la época de los desengaños, así en España como en América. En la primera mitad del siglo XVI los españoles se habían sentido la nación para quien no había imposibles. Vencidos los moros, ganada la supremacía en Italia, descubierta y conquistada la América. Las letras se encontraban en pleno florecimiento. La lengua castellana era ya la lengua de la Celestina, de los poemas de Garcilaso, Fray Luis y San Juan de la Cruz; del Lazarillo, los Nombres de Cristo y las Moradas. Los espíritus se encontraban rebosantes de optimismo renacentista. Todo era venturas para España. Pero en la segunda mitad del XVI ese gran sueño de poderío tocaba ya a su fin. Las guerras de la Reforma iban de mal en peor. Las Indias daban oro, pero se llevaban los mejores soldados castellanos. El país se había desangrado por tantas y tan continuas guerras. El tema del desengaño del mundo iba a ser recogido obstinadamente en la obra literaria de los contemporáneos del Inca. Igual pesimismo dominaba en América. Los conquistadores, los que ganaron cien imperios, habían sido postergados para que nuevas autoridades recién llegadas ocupasen sus lugares y heredasen sus preeminencias. ¡Mal pudieron gozar del fruto de sus hazañas los grandes capitanes del Nuevo Mundo! Luchas intestinas, mala recompensa por sus servicios, rivalidades con los funcionarios del rey, hicieron dura e ingrata su existencia. El desengaño del mundo empañaba densamente el ámbito espiritual del XVI. Ese mismo eco resonará en las páginas del Inca. ¿Será simplemente por influjo de la época?

Suele haber en los grandes espíritus ciertos extraños procesos de osmosis que los hacen particularmente sensibles a las circunstancias de su ambiente. Pero en el Inca hay más: hay una oculta correspondencia entre los rasgos peculiares de su propia vida y los de la vida española o la vida americana de entonces. El desengaño del Inca era, como vamos a ver, producto de las desgracias históricas que había sufrido su patria. Todas fueron a parar derechamente al destino personal de Garcilaso. Muy explicable es que, al llegar a España, resonase en él también el tono de amarga tristeza que invade la península a partir del reinado de Felipe II. O mejor dicho, a partir de la pérdida de la Armada Invencible.

No era que la vida exterior le hubiese al Inca hecho mirar con amargura la suya propia. Ni tampoco que sus desgracias personales le hicieran ver, sombríamente teñidos, los sucesos del mundo y de las gentes. Eran las dos cosas a un tiempo. El eterno círculo vicioso, en quien algunos filósofos emanatistas creían ver encerrada la verdad más oculta.

Vimos ya que el Inca, desde su mocedad, era hombre sin hogar: su padre, casado legítimamente con doña Luisa Martel. Su madre, casada legítimamente con Juan del Pedroche. El Inca, sin tener lugar propio en donde vivir. Dijimos

también que el Inca fue un hombre sin patria. Pues bien: lo fue hasta el extremo. Para Garcilaso desapareció su Perú: el Perú que dejó ya no existía a los pocos años de llegado a España. Sabido es que el Inca se sentía íntimamente vinculado al mundo de los conquistadores, al mundo de su padre y también al mundo del perdido imperio incaico, del imperio en que reinaban sus antepasados. Cuando Garcilaso vivía en el Cuzco, los incas caídos gozaban todavía de, estimación y distinciones. En las montañas de Vilcabamba los herederos del trono se mantenían aún, acompañados de una pequeña corte. Los que vivían en tierras dominadas por los españoles, merecían consideración y eran tenidos por nobles. Muchas de las princesas, al igual que la madre del Inca, se amancebaron con los más distinguidos conquistadores. Sus hijos mestizos eran los niños aristócratas del Cuzco. Vivían aún no sólo el recuerdo del gran imperio sojuzgado, sino muchas de sus costumbres. Lo sabía el mismo Garcilaso: "Demás de habérmelo dicho los indios -escribe-, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aun en mis tiempos, hasta los doce o trece años de mi edad, no se habían acabado del todo. Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra y, como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciendo que las vi".

Era imposible, por lo demás, que en tan breve plazo como es el período de la conquista fuese a extinguirse radicalmente el impulso vital de aquella gigantesca civilización. Tampoco lo habían querido los conquistadores, quienes por regla general, fueron partidarios de una política de buen entendimiento, y ellos mismos daban el ejemplo al convivir con las indias de sangre real. Inclusive se procuró salvar a los incas de Vilcabamba, y se consiguió que Sairi Túpac, el heredero, viniese al Cuzco a coronarse como rey, aunque aceptando la supremacía del monarca español. Pero a la muerte de Sairi Túpac, su hermano Túpac Amaru, a quien correspondía la sucesión, se negó a salir de su reducto. (Esta es la época en que Garcilaso parte a España). Tiempo adelante, Francisco de Toledo se afana por instituir sólidamente la organización virreinal, que luego se mantuvo durante dos siglos y medio. Nada importaba tanto al Virrey Toledo como evitar el peligro de las nuevas sublevaciones y quería arrancar de la memoria de los indios el recuerdo de su orgulloso pasado.

Decidió someter a Túpac Amaru y lo descuartizó en la Plaza de Armas del Cuzco. Luego ordenó desterrar a todos los indios y mestizos de sangre real. No fueron muchos los que se salvaron de esta dispersión, y hasta después de escrita la primera parte de los Comentarios, cuando pasaba los sesenta años, Garcilaso creía que sus parientes maternos se habían extinguido por completo. La situación del Inca en el Perú, y él lo sabía muy bien, había cambiado radicalmente.

Tenemos, pues, que la extinción definitiva del imperio incaico ocurre poco después de que Garcilaso abandona el Perú. Pero por esos mismos años

concluye también otra época de la historia peruana: la conquista. El soldado había sido por mucho tiempo amo y señor de la tierra. El conquistador pasó a encomendero, y sus ricas posesiones le daban la más amplia potestad económica. El conquistador se subleva contra el mismo rey, como es el caso del levantamiento de Gonzalo Pizarro en el Perú, y luego los Contreras en Tierra Firme y Martín Cortés en México. El conquistador había constituido una sociedad de rasgos peculiares, donde valía menos la nobleza de sangre que la fama de las hazañas o la antigüedad en la tierra. Pero este período en que el soldado es el amo termina en un abrir y cerrar de ojos. Las encomiendas de que gozaban los conquistadores eran sólo por dos vidas. Muertos éstos y sus primogénitos -o sus mujeres en caso de no dejar sucesión- perdían bienes y poder. Así ocurrió, por ejemplo, con el padre del Inca: muere en 1559, y cuando el Inca parte a España, el año siguiente ya había fallecido su hermano, el hijo legítimo primogénito, y con él se extinguió la encomienda. Casos como éstos empezaban a ser frecuentes por entonces. La sociedad de guerreros cada día perdía sus poderes, y las autoridades virreinales aseguraban su dominio cada vez más. Y a los soldados que no gozaban de encomienda y que por méritos de armas pedían recompensa, los enviaban a nuevas conquistas para "desaguar la tierra", para alejarlos de los dominios ya establecidos. El virrey Hurtado de Mendoza fue aún más enérgico y deportó a España a muchos ilustres pedigüños, que con toda justicia solicitaban mercedes por sus hazañas durante la sublevación de Gonzalo Pizarro o en la de Hernández Girón. (Uno de ellos, Gonzalo Silvestre, el amigo del Inca y el co-autor de la Florida).

Así, de pronto, acabaron juntamente dos épocas, casi sin dejar rastro: la de los incas, raza materna de Garcilaso, y la de los conquistadores, vale decir el mundo en que vivió durante su permanencia en el Perú. Entonces se encuentra Garcilaso con que, trasplantado a España, la tierra que dejó ya no existía. Había en su lugar algo nuevo, el virreinato, en donde las cosas marchaban de otro modo y en donde no se podía vivir ya según las costumbres de los conquistadores. El Inca entonces ni residía en su patria, ni podía pensar siquiera en que, allende el océano, estaba la misma tierra de sus recuerdos, la tierra de su mocedad.

Así, paso tras paso, el suelo desapareció bajo sus pies. En España, en un pueblecito provinciano, se dedica al estudio, en completa soledad. El tiempo se detiene para él y, cada vez más, se encuentra con que se ve obligado a vivir de recuerdos. Historiador por necesidad, acude al pasado por la sencilla razón de que ya no tiene presente.

Metido en esa pequeña aldea, se dedica con todo ahínco a perfeccionar sus conocimientos. Lee a los humanistas italianos y a los clásicos de la antigüedad; lee también a los españoles, prosistas, poetas, y también a los grandes humanistas de la España del XVI: Nebrija, Vives, Vitoria, Domingo de Soto, Osorio da Fonseca. Años más tarde tratará personalmente en Córdoba a Bernardo de Aldrete, quizás el más eminente filólogo que hubo en Europa hacia

1600. Pero si mucho le preocupa la cultura general y el buen estilo del idioma, no por ello su atención dejará de concentrarse, cada vez más, en el reino de la historia. El Inca comprende que su deber es el de ofrecer una visión exacta y profunda de la vida de su pueblo. Sus trabajos anteriores resultan puro ejercicio. Un ejercicio de grandes dimensiones, como es su clásica traducción española de los Dialoghi d'Amore, del filósofo judeo-español, radicado en Italia, León Hebreo. Más tarde dará a luz la Florida del Inca, historia de la desgraciada expedición de Hernando de Soto, en la cual participaron muchos soldados que también vivieron en el Perú. Y por último, su Comentarios reales de los incas, obra maestra de la historiografía indiana. La primera parte se ocupa del extinto y colosal imperio incaico; la segunda, del descubrimiento, conquista y guerras civiles del Perú.

En ningún lugar como en esta segunda parte, póstuma, de los Comentarios reales, se expresa tan de manifiesto el desengaño del mundo de Garcilaso. Y no es cosa inconsciente. Es algo que adrede nos quiere comunicar y que motiva expresamente la estructura de su obra. Cada uno de los hechos desgraciados que ocurren en Nueva Castilla se destaca con manifiesta intención. Y así, cuando al final de su libro relata la ejecución de Túpac Amaru, para que de este modo, con la muerte del último soberano indígena concluyan las páginas de su historia, dice bien claramente: "Ejecutada la sentencia en el buen príncipe, ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes de la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo antepusimos de su lugar por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, por que en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros Comentarios. Sea Dios loado por todo".

No puede ser más explícito. El Inca descubre la oculta trama de su obra para que no quede lugar a dudas de que su deseo es explicar el destino trágico, el fatum inmisericorde de su pueblo. Y sin embargo, aunque parezca mentira, la crítica no ha reparado hasta hoy en este importantísimo sentido de la obra de Garcilaso.

Es que en el Inca tanto la vivacidad del relato como el gusto por lo anecdótico y pintoresco, hacen pasar inadvertidas muchas de sus ideas. Pero no nos equivoquemos: siempre que el Inca desee explicar su propio pensamiento, sus ideas serán lúgubres y desesperanzadas. Y ello se acentúa con el tiempo, obra tras obra, hasta llegar al máximo en la segunda parte de los Comentarios. Y aunque Garcilaso ame la vida menuda y bullente de cada día, y se deleite contando graciosos sucesos, cuando su enfoque no va al detalle pequeño, sino hacia los grandes hechos, o hacia la vida humana mirada en su totalidad, o hacia el conjunto de la época histórica que le tocó vivir, nunca dejará de escucharse en él una voz trágicamente desengañada.

Declara el Inca escribir los Comentarios reales para honrar la memoria de su madre india, y La Historia General del Perú, segunda parte de los Comentarios, para enaltecer el recuerdo de su padre el conquistador. Pero es claro que la obra del Inca va mucho más allá de estas modestas intenciones nacidas del amor filial. No las elevemos pues, a fórmula simplista. Quiere el Inca glorificar a sus dos estirpes, pero la gloria que les de se hallará empapada en amargura/ Muy lejos está de su propósito el cantar sucesos felices: "Se canta lo que se pierde", como decía él gran Antonio Machado. Se canta un imperio destruido hasta la extinción. Por eso, aludiendo a la sublevación de Atahuallpa contra su hermano Huáscar, legítimo heredero del trono, dice que poco antes hubo "agüeros y pronósticos que amenazaban muy aína [sic.] otra rebelión mayor (la de Atahuallpa), que sería causa de la enajenación y pérdida de su imperio y de la total destrucción de su real sangre". Pero no sólo quería cantar el Inca las glorias de un pueblo en desgracia; quería salvarlo, además, de las imputaciones de muchos cronistas, dañosas para el buen nombre de los soberanos cuzqueños. Por eso Garcilaso idealizará la historia de sus antepasados, no sólo movido por la fuerza poética del recuerdo, o porque las informaciones de la historia incaica que le dieron sus parientes eran demasiado parciales, sino ante todo porque su obra es una natural y violenta reacción contra las informaciones y crónicas que continuamente llegaban al Consejo de Indias, con ánimo de presentar a los reyes cuzqueños como señores bárbaros y crueles.

"Se canta lo que se pierde". También fue una pérdida la ganancia del Perú. ¿Cuáles eran los motivos de la conquista? Para muchos historiadores de la época podían resumirse así: 1° La conversión de los infieles -éste es el único motivo que Garcilaso parece aceptar sin vacilaciones; 2° el aumento de la Corona de Castilla; 3° la honra y provecho de los propios conquistadores.

Ahora bien: la queja más continua de la Historia general es que no es posible cristianizar a los indios porque en el Perú no hay paz, porque los ánimos belicosos de los conquistadores no conocen tregua y las guerras civiles se suceden sin cesar. "El demonio -escribe el Inca- procuraba con todas sus fuerzas estorbar la conversión de aquellos indios; y aunque no pudo estorbarla del todo, a lo menos la estorbó muchos años. Todas estas guerras (entre Francisco Pizarro y Almagro el viejo, entre Almagro el mozo y Francisco Pizarro; entre Vaca de Castro y Almagro el mozo; y luego las de Gonzalo Pizarro y el Virrey Núñez Vela, de Gonzalo y el pacificador La Gasea y, en fin, los levantamientos de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón: todas estas guerras) ejerció el demonio sucesivamente, por espacio de veinticinco años. Por estos impedimentos no se predicó el evangelio como se predicara si no las hubieran, que ni los fieles podían enseñar la fe, por los alborotos que cada día tenían, ni los infieles recibirla, porque en todo aquel tiempo no hubo sino guerra y mortandad, a fuego y a sangre, de la cual no participaban menos los indios que los españoles". Este fue el trágico Perú que se llevó el Inca a España, prendido en la memoria.

Tampoco pudo cumplirse debidamente el segundo fin de la conquista. Ciertamente que los conquistadores dieron a su rey tierras riquísimas en oro y plata, y que a costillas de las minas de Potosí pudieron mantenerse los tercios españoles. Ciertamente también que el Inca se enorgullece de todo el oro y plata que el Perú regaba año tras año por Europa entera. Sin embargo, veamos de qué ha servido ese oro indiano; el mismo Inca lo dice: desde que el Perú se ganó hay más oro en el mundo; pero la vida se ha encarecido, y "los pobres siguen siendo pobres".

Los conquistadores ganaron las Indias para obtener honra y provecho (tercer motivo). Ciertamente, pero, a fin de cuentas, nada obtuvieron. Los conquistadores eran caballeros "dignos de imperios". Sus hazañas, comparables a las de César o Alejandro. ¿Qué honra ganaron? Casi ninguna. Sólo se concedieron títulos para unos pocos de los grandes capitanes, y ninguno de ellos -al menos en el Perú- pudo disfrutar en paz de los privilegios recibidos. El soldado de América volvía a Castilla, después de haber consumado proezas superiores a las de los héroes medievales de la Reconquista, no era mirado como nuevo héroe; se le llamaba indiano y se mofaban de él. Poca honra recibieron. Y a los del Perú ni siquiera les fue posible gozar de sus riquezas, tan duramente ganadas. No hay conquistador que muera de muerte natural, y cuando el Inca logra saber que hubo cuatro que sí murieron en su casa y en sus propios lechos, se sorprende y advierte enfáticamente: "No sé si se hallarán por la historia que hayan fallecido otros cuatro conquistadores a semejanza de éstos, sino que los más acabaron con muertes violentas, como se podrá notar en el discurso de lo que se ha escrito". Especialmente desgraciadas fueron las muertes de Gonzalo y Francisco Pizarro, Diego de Almagro y demás grandes soldados. "Cómo paga el mundo": he ahí la frase en que se resuelve cristianamente ese oscuro sentimiento pagano, estoico, del hado adverso, que el Inca sentía en toda su dramática profundidad.

"Se canta lo que se pierde". Toda la obra de Garcilaso irá enderezada a salvar del olvido ese imperio muerto y mal recordado, esos heroicos conquistadores que no pudieron gozar del fruto de su esfuerzo. Este es el mundo que Garcilaso deja en el Perú y ya no querrá saber más de otra cosa. Se encierra en su aldea cordobesa, sólo con sus recuerdos. Lo que hay ahora en su patria es distinto. Serán tiempos de bonanza, pero le son ajenos y no le interesan. Por eso afirmará categóricamente que, aun cuando después de su partida a Europa hayan venido años de paz y prosperidad, él no se ocupará de ellos. "Mi intención -subraya- no es sino escribir los sucesos de aquellos tiempos, y dejar los presentes para los que quisieren tomar el trabajo de escribirlos".

¡Qué extraordinaria lucidez! Admira ver con qué certeza ha intuido el Inca el vuelco absoluto que ha dado la historia en su país. ¡Y qué grandeza de espíritu, qué hondura humana la de este hombre que es capaz de sentirse el hombre sin patria! Sobre esta segura intuición, en la que el afecto puede más que todo raciocinio, el Inca edificará su obra. Impulsado por ella, oscuramente a veces, se ve llevado a escribir la historia de su pueblo porque así hará la historia de su

propia vida. Historia es, para el Inca, autobiografía. Terminará su obra con hechos contemporáneos a su viaje a España. Y es curioso advertir que la crítica considera unánimemente que lo menos valioso de sus escritos, tanto desde el punto de vista histórico como desde el literario, son los primeros capítulos de la Historia general del Perú. ¡Rara coincidencia! Son precisamente aquellos en que narra sucesos ocurridos antes de su nacimiento, en los cuales su padre, recién llegado, tuvo poquísima participación. Lo que no atañe a su propia vida, poco relieve tendrá en su obra.

Autobiografía menuda, confidencial, la hay frecuentísimamente en sus escritos, sazonados por continuos recuerdos personales, muchos de ellos de encantador dejo lírico, otros llenos de gracia y vivacidad.

Se ha discutido muchísimo el valor de cada uno de los aspectos de la historia de Garcilaso. Quizás haya inexactitud en algunos de los datos que ofrece, o falta de imparcial objetividad en ciertos momentos de su relato. Pero hay dos cosas, por cierto de las que más se relacionan con su propia vida, en las cuales el Inca es sencillamente inobjetable: en su visión del ambiente, del clima espiritual de los sucesos que narra, y en su vigoroso sentimiento de todo lo que significó el tránsito cruel entre dos épocas. En esto, sin lugar a dudas, no hay quien pueda comparársele. Ser capaz de percibir hechos de tamaña magnitud, ser testigo, único testigo, de sucesos de tan colosal importancia humana, supone algo más que un cronista. Supone a un verdadero genio de la historia, como lo fue el Inca Garcilaso de la Vega.

Su vida es una encrucijada histórica. Su destino, una extraña expiación de las desgracias de su patria. Y este mismo hombre fue el primer americano que dio a las prensas un libro, el primero en producir una obra de significación universal. ¿Cómo fue este hombre, en quien fecunda, y no por azar, el fruto primigenio de la cultura americana? El primero, también, en padecer la lucha entre dos herencias, la india y la española.

Hasta que acaba por ser un desamparado. Será indio para lo indio, español para lo español. También podrá ser español para lo indio o indio para lo hispánico. No es ni lo uno ni lo otro, ni es tampoco que su manifiesta complejidad espiritual sea una especie de doble personalidad enfermiza. Garcilaso podrá serlo todo, indio, español o lo que sea, porque es el hombre que ha perdido su patria. Ya no tiene puntos de vista comunes con otros hombres. Vive en extraña soledad y todo lo ve desde la estrella lejana de su propia soledad. Vive en soledad física y también en soledad temporal. Para él, el tiempo se detiene en su remanso cordobés. Allí vive en sus recuerdos y permanece ajeno a las preocupaciones del gran mundillo literario. El Inca, gran estilista, gran prosador castizo, el mayor que haya tenido América según Menéndez Pelayo, jamás mencionará en sus escritos a los grandes ingenios de su tiempo: a Góngora, a Lope, a Cervantes. Cervantes utiliza al Inca como una de las fuentes de su Persiles y cita a León Hebreo según la traducción del Inca. Góngora vive a

pocas calles de Garcilaso, en la ciudad de Córdoba. Tienen amigos comunes como Francisco del Corral, Bernardo de Aldrete y Francisco de Castro. Pero el Inca nunca menciona a Góngora. Y a Lope, al Monstruo de la naturaleza ¿cómo no lo iba a conocer? En el catálogo de los libros que Garcilaso dejó al morir, tampoco hallamos escrito alguno de estos geniales españoles, ni de ninguno de los célebres autores literarios de aquellos años. Todos los libros de ficción que entonces posee son los que leyó en su juventud. Según pasan los años el inca se hace cada vez más austero; le preocupan las lecturas morales o de devoción y las lecturas históricas. Su interés ya no parece estar en las modas literarias de la época, porque como dijimos, el tiempo se detuvo en su soledad, en aquellos "rincones de la soledad y pobreza" por decirlo con sus propias palabras.

Ángel Rosenblat considera que "la lengua del Inca Garcilaso representa la lengua culta de mediados del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII". Así, detenido el tiempo, viviendo de revivir el pasado, engendra el Inca sus Comentarios y su Florida. Serán obras maestras de la historiografía indiana, dignas de figurar junto a las de los grandes historiadores de la época. Y el nombre de Garcilaso Inca sólo se compara en América con el de Juan Ruiz de Alarcón, el dramaturgo mexicano, y con el de la décima musa, sor Juana Inés de la Cruz. El Inca, clásico de América, lo es no sólo por su calidad formal: sus problemas, su situación histórica desde un punto de vista cultural, son absolutamente semejantes a los de muchos ilustres americanos de nuestros días. Atendamos a estas palabras: aquel hombre insigne padeció la tragedia, propia de nuestros escritores, de tener gustos europeos y seguir siendo americano de sentimiento. Por ello sufre al no hallar en su propia patria la tradición literaria, la elevada cultura que su espíritu reclama. Extranjero en Europa, también lo es en su tierra. Soledad del escritor que en América se tenía a sí mismo por un extranjero y que era en el Viejo Mundo un desconocido.

Así escriben Ventura García Calderón y Gonzalo Zaldumbide de otro gran americano de tres siglos después: Rubén Darío.

Como lo fue el Inca en último grado, seguimos en cierto modo siendo los hombres sin patria, sin patria cultural, viviendo con la mirada vuelta hacia el recuerdo - ¡qué rasgo tan de la América hispano-indígena éste de la nostalgia!-. Pero al evocar y escudriñar el pasado busca el hombre su porvenir. Y si hoy, después de unos centenares de años, hemos resuelto confiar en el futuro, será también como lo hizo el Inca, cuando allá por el año de 1612, por encima de toda amargura y desaliento, al ver terminada su obra, pensaba que América no tardaría en dar espléndidos frutos literarios, puesto que tan pronto se habían logrado obras como éstas. Y entonces, salvada su vida por su obra, ganada gracias a ella una nueva fe en el destino humano, explota en su arranque de entusiasmo, y en tono altisonante, desusado en él, dirige el prólogo de su Historia general del Perú "A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano: salud y felicidad".

Nacimos bajo la evocación de un desengaño y, aun cuando muy a la manera del Inca, hoy como ayer nos sea difícil vivir el instante presente, como el Inca también, por encima de nuestro nostálgico pesimismo, continuamos con nuestras esperanzas muy firmemente puestas en el porvenir. Hacer y esperar, contra todas las adversidades de la realidad presente. Es lo que hizo el Inca Garcilaso y eso es lo que importa.

(*) Conferencia ofrecida en México en 1949, se publicó en "Cuadernos Americanos". México, julio-agosto de 1950, bajo el título de "El Inca Garcilaso, historiador apasionado".

blog:
cantera de sonidos